**Lunes X del TO  
Ciclo B**

7 de junio de 2021  
2Cor 1,1-7  
Sal 33  
Mt 5,1-12  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Este comienzo de la Segunda Carta a los Corintios creo yo que nos dice, por medio de Pablo, algo muy sugerente; y es que el consuelo aparece no cuando los sufrimientos acaban, sino cuando tomamos conciencia de lo que el sufrimiento significa para nosotros[[1]](#footnote-1). Así, sin darnos cuenta se nos introduce en el núcleo de la espiritualidad de la cruz. Los sufrimientos de Cristo trajeron consuelo para el ser humano; por eso es que los sufrimientos de Pablo consuelan a los de Corinto.

Pero hay un matiz a tener en cuenta. La palabra que utiliza Pablo para describir su aflicción es *thlípsis*, que según los entendidos en griego, en el lenguaje normal y corriente, describe siempre la presión física que soporta una persona; y para describir exactamente lo que quiere decir el término, algunos entendidos lo comparan con el tormento que sufrían, por ejemplo, los que, según la antigua ley de Inglaterra, se negaban a confesar: se les colocaban grandes pesos en el pecho hasta el punto de morir aplastados. Esa agonía se quiere significar con *thlípsis*. Un peso agobiante, una aflicción pesante. Y Pablo se siente en esa aflicción[[2]](#footnote-2).

A veces cae sobre nuestro espíritu una carga motivada por una serie de circunstancias que se nos atojan ininteligibles: al menos su comprensión nos daría cierto consuelo; pero no, las más crueles son las que no tienen sentido o, al menos, el mismo se nos escapa. Y nos gustaría tener una varita mágica para poder sacar el conejo de la chistera, y decir: «— ¡Abracadabra!», y que todo volviera a la normalidad. Pero sabemos que en la vida nada es así, mucho menos en el seguimiento de Jesús.

También, en los primeros años del cristianismo, los que se hacían cristianos se exponían a toda clase de pruebas, muchísimo más fuertes que las nuestras. Podría sucederles que los abandonaran sus propios familiares, que los rechazaran sus vecinos paganos y que los persiguieran los poderes públicos; muchos, sabemos, acabaron en el circo romano literalmente devorados por las fieras, o descuartizados... Siempre es costoso ser cristiano de verdad, porque no hay Cristianismo sin Cruz. Y lo decimos desde el catecismo: «la señal del cristiano es la Santa Cruz»

Y eso es lo que Pablo nos está diciendo en la Primera Lectura. No es la relación con Dios una relación de *abracadabra.* Porque hasta diez veces se utiliza a continuación el sustantivo ***consuelo*** (*παρακλήσεως* = paraklíseos) y los verbos que derivan de él. Pero hay que estar atentos, porque se acostumbra pensar en esta palabra como si fuera una droga para disminuir el dolor, un analgésico espiritual; pero el sentido que se le da en el Nuevo Testamento es más bien un sentido de fortalecer al hombre. Más que sencillamente suavizar la herida, la consolación nos fortalece y nos ayuda a aguantar y sobresalir de la aflicción, de la *thlípsis*. Y el uso de esta palabra, ***consuelo,*** nos lleva directamente a las de Jesús cuando, en el evangelio de Juan, nos dice que nos enviará otro Paráclito (*παρακλήτον* = paraclíton). Sí, el Espíritu Santo es el Consolador.

La experiencia de la que habla Pablo es la de la acción del Espíritu que lo fortalece. Por eso puede decir que consuela «***con la misma fuerza*** *que recibimos de Dios*», es decir, siendo transmisor del Espíritu de Dios, el Consolador, la Fuerza de lo Alto. Pablo se experimenta salvado para salvar, consolado para consolar, amado para amar. «*Si sufrimos es para consuelo y salvación de ustedes; si somos consolados es para consuelo de ustedes», dice*. No es que Pablo sea presuntuoso; es que nos está haciendo patente en qué consiste la relación con Dios para que la entendamos.

Con Dios no se dan relaciones mágicas, como es nuestra constante tentación. Con Dios se dan relaciones en primera persona que implican, necesariamente, a terceras personas. Cuántas veces el ser humano se pregunta la razón de su sufrimiento y no encuentra una respuesta satisfactoria. Pablo afirma que sufrimos y recibimos el Consuelo de Dios, para que podamos «*consolar a los que están en cualquier tribulación*» (literalmente, los que están en la «*thlipsis»*, de que hablábamos antes) y hacerlo con el mismo consuelo con que fuimos consolados, es decir con el Espíritu Santo; de esta manera hallamos una respuesta que nos alienta; porque percibimos que Dios tiene el propósito de prepararnos para ser caño y conducto de su Consuelo, del Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo. Esa es nuestra misión, eso significa, también, ser Misioneros del Espíritu Santo, ser misioneros del Consuelo de Dios.

Ya Jesus nos lo decía en las bienaventuranzas, que leemos en el Evangelio de hoy, especialmente en la segunda. Cada una de ellas, se sitúan en la posesión del Reino, en el consuelo, en la herencia, en ser saciados, en experimentar la misericordia, en ver a Dios, en ser hijo de Dios. Es decir, por ejemplo, la bienaventuranza no está en ser pobre sino en poseer el Reino. Lo que pasa es que *para poseer lo que no poseo, tengo que ir por donde no poseo*[[3]](#footnote-3); no está en llorar sino en ser consolado. Lo que pasa es que nadie puede experimentar consuelo si no se experimenta necesitado de él, y la necesidad es un vacío. Experimentar la necesidad de ser fortalecidos por el Espíritu, fuente de todo consuelo. Y así con cada una de ellas. La clave de interpretación de todas ellas es la frase que al final dice Jesús: «*Dichosos ustedes cuando les injurien, les persigan y les calumnien de todo* ***por mi causa. Alégrense y salten de contento***». Es decir: experiméntense en la causa de Jesús; vivir la vida de Jesús desde mí, desde mi vida; ver por los ojos de Jesús, hablar por sus labios, amar con su corazón. Se trata, pues de experimentar el consuelo para consolar; recibir el Espíritu Santo en mi propia «*thlipsis»*, en mi propio llanto, como dice Jesús, para ser agente canalizador de la Fuerza de Dios y su Consuelo, como dice Pablo.

1. Cfr. José Bartolini. Cómo leer la Segunda Carta a los corintios. Los agentes de pastoral y el poder. Ed. San Pablo. Santafe de Bogotá, 1998 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. William Barclay. *Comentario al Nuevo Testamento* Vol 9. Corintios. Ed. Clie, 1997 [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. Juan de la Cruz. *Subida al Monte Carmelo 13,11* [↑](#footnote-ref-3)